

llevádose al único tesoro que tengo en el mundo, á mi hija Rosa, á no ser porque llegué á tiempo con mi guerrilla, hice huir cobardemente á los bandidos que lo seguían, y á él lo dejé muerto con mi propio machete.

—No obstante, capitán, brindad por Rascón Fernández, dijo el espectro con voz ronca.

—¡Mala bomba! gritó el capitán estrellando el vaso que tenía en la mano, contra el esqueleto que estaba sentado en la mesa.

En esto sonaron en el reloj de la iglesia del pueblo, las doce de la noche; el ruido de cadenas se hizo oír con fuerza, y los fantasmas, silenciosos y graves, se alejaron lentamente por donde habían venido, dejando al capitán confuso y como si acabara de despertar de una horrorosa pesadilla.

Pasado un momento se recostó en la cama; pero siéndole imposible conciliar el sueño se levantó, encendió un puro, y envolviéndose en su manga se salió al patio á dar unos paseos y á respirar el aire libre.

Cosa de las cinco de la mañana, y cuando los primeros rayos del alba empezaban á pintar el horizonte, entró á la recámara y vió una mujer vestida de blanco, cubierto el rostro con un velo, que ponía una hoja seca de maíz debajo de su almohada.

Quiso hablarle; mas la mujer se alejó rápida como una exhalación.

El capitán creyó reconocer en la visión las formas esbeltas de su hija Rosa. Miró la hoja de maíz que estaba debajo de su cama, y acercándose á la bujía, que aun estaba encendida, leyó estas palabras escritas con carbón: "Salvadme, por Dios."

Mil pensamientos siniestros cruzaron entonces por la mente del capitán; pero procurando desecharlos ensilló su caballo y salió del molino encantado.

### III.

—Gracias á Dios que veo á vd. vivo, dijo la fonderita luego que vió llegar al capitán.

—Ya ves, hija mia, que vuelvo otra vez en cuerpo y alma á tu casa, y algo más habilitado de dinero que anoche. Te ofrecí darte la mitad de lo que adquiriera, y hé aquí lo que he ganado á los muertos: dos, cuatro, ocho, diez, doce onzas cabales.

—¡Virgen de Atocha! exclamó la muchacha, ¿y cómo he de tomar ese dinero, señor capitán?

—¡Fresca estás, muchacha! Es dinero bueno y sonante, que te servirá para casarte con ese mozo cuando regrese.

—Pero, cuénteme vd., señor capitán, lo que le ha pasado anoche.



El capitán le contó en extracto lo que le había ocurrido, mientras María de los Dolores le sirvió el desayuno.

—Estáis un poco triste, capitán, le dijo la muchacha.

—Con efecto, Dolores, estoy impaciente por ver á mi hija, y... me voy; pronto nos volveremos á ver, pues quizá habré menester de tu auxilio: guarda ese dinero, y acuérdate del capitán guerrillero Pedro Celestino Castaños.

La muchacha tendió una mano al capitán, mientras con la otra enjugaba una lágrima que rodaba por su mejilla.

El capitán montó á caballo, y desapareció como un relámpago.

#### IV.

El deseo de arrostrar una aventura, porque el veterano se preciaba de valeroso y caballero como el buen Hidalgo de la Mancha, lo hizo pasar la noche en el molino encantado; pero ansioso por una parte de llegar á su casa, é inquieto por demás con la aparición de la blanca fantasma que tanto se semejaba á Rosa, devoraba el espacio, y habría querido que su corcel hubiese tenido la rapidez de una águila.

Caminó todo el día y al caer la tarde se internó por una calzada de árboles secos,

á la sazón, separada del tránsito que conducía al pequeño y escondido rancho donde vivía su hija. Soltó la rienda á Satanás, el cual, fatigado con la carrera, andaba lentamente. Cada paso que daba era un martirio para el capitán, pues el corazón se le estrechaba y la cabeza le dolía. Por fin, divisó la casa que estaba en un terreno un poco hundido y casi cubierta entre los árboles y matorrales; mas notó que no descollaba blanca y graciosa, como un cordeiro que trisca en las lomas, sino que era una masa negruzca y confusa que se confundía con el seco ramaje de los árboles.

Se acercó más: su hija, á quien había mandado con anticipación avisar el día de su llegada, no estaba como otras veces con los brazos abiertos, para estrechar en ellos á su padre, y esto le inquietó más. Prendió las espuelas al caballo, y de un brinco llegó á la casa.

Eran ya unas ruinas; la casa estaba quemada, y todo yermo y solitario.

De una choza miserable salía una columna delgada de humo, que se perdía entre la neblina del cielo. El capitán, temblando, se acercó á la choza.

La buena vieja María Teresa, nodriza de su hija, salió encorbada y temblorosa á la puerta: tan luego como vió al capitán, se le llenaron los ojos de agua, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y guardó silencio.



—¿Dónde está mi hija? exclamó el capitán con una voz hueca y comprimido por el llanto.

La vieja alzó la mano y señaló al veterano la casa quemada.

—¡Mil rayos del cielo! ¿Han asesinado á mi hija? ¿Ha perecido entre las llamas?

—No, capitán, no: se la han robado.

—Cuéntamelo todo, anciana: los que como yo tienen el cuerpo y el alma llenos de cicatrices que destilan sangre, no deben llorar por estas pequeñeces.

El capitán, sin embargo, se bebía las lágrimas y sus miembros temblaban.

—Hace un mes, capitán, que escuchamos las pisadas de muchos caballos y el ruido de sables y armas de fuego, y á la media luz del crepúsculo divisamos una partida de hombres armados de lanzas con banderolas encarnadas. Entrada la noche, rodearon la casa....

—Y esos miserables cobardes que tenía yo en el rancho para cuidar de vds. ¿qué hicieron?

—Murieron defendiendo á mi hija, á mi linda Rosita.

—Bien, prosigue, interrumpió el capitán apoyando sus manos en la cabeza de la silla.

—Muy corta es la historia. Los enemigos eran muchos, y los defensores aunque valientes eran pocos. No obstante, desde

la azotea hicieron un fuego vivísimo, y mataron á muchos de esos pícaros bandidos: pero éstos incendiaron las puertas, entraron como unas fieras, mataron á dos ó tres mozos que habían quedado con vida y se robaron á Rosa, dejando la casa entregada al fuego, y á mí con vida para que contara á usted esta desgracia.

—Eres insensible, anciana, gritó el capitán, y me has contado ese suceso con una indiferencia que merecía castigarse. ¿No sabes que Rosa era el único tesoro que tenía en el mundo? ¿No sabes que era mi hija, la hija de mis entrañas y de mi sangre? ¡Ah, Dios eterno! ¿Por qué no me envías un rayo?

—Capitán: escenas como la que ha pasado en este rancho, embargan el sentimiento, y matan el cuerpo y alma. Hace un mes también que la calentura devora lentamente mi débil cuerpo, y si tres días más tarde hubieseis venido, habríais encontrado sólo el cadáver de María Teresa. Adiós, capitán: buscad á vuestra hija, pues os he dicho que vive aún; en cuanto á mí, voy gustosa á salir de esta miserable vida.... pero.... tonta de mí, que no os ofrezco algo de comer. Tomad estas tortillas, y en ese rincón hay maíz para darle un pienso al caballo.

El capitán se apeó del caballo sin hablar palabra; le quitó el freno, le dió agua y un



pienso de maíz, y envolviéndose en su manga se sentó debajo de un mesquite.

A cosa de la media noche ensilló su caballo y se dispuso á marchar al molino encantado, donde no le quedaba ya la menor duda que debería encontrar á su hija, aun cuando le costase la vida libertarla. Antes de marchar dió un vistazo á la choza.

La anciana estaba ya muerta, y la lumbre apagándose.

El capitán encendió un puro, arrojó una mirada profunda al cadáver, montó después en su caballo, y desapareció entre las tinieblas de la noche.

## V

Dos noches permaneció el capitán en el molino encantado, y la farsa no se repitió: entonces registró con minuciosidad el edificio, y vió evidentes señales de que los que lo habitaban eran no muertos ni fantasmas, sino una compañía de bandidos, que impunemente cometían robos y asesinatos inauditos. Convencido de que si daba parte á la autoridad podría ser arrestado, se resolvió á vagar por todos los pueblos, haciendas y edificios arruinados hasta encontrar á su hija, y tomar una venganza digna de un crimen semejante.

Tres meses vagó sin fruto alguno, hasta que se resolvió á reunirse con su guerrilla y proseguir sus pesquisas.

## VI

Entretanto, el capitán con una guerrilla de doscientos bravos, recorre como un león las selvas, los montes, los edificios y los pueblos, no ya luchando por la libertad de México, sino por su linda hija Rosa, trasladémonos al lugar donde pasaban otras escenas, no menos importantes para el conocimiento del lector.

## VII

En los tiempos en que se ha colocado esta narración, es decir, cuando el gran Morelos, favorecido por la fortuna, había vuelto á levantar el estandarte de la libertad, era muy frecuente que así mexicanos como españoles, perseguidos simultáneamente por sus enemigos, abandonaran sus casas y parte de sus intereses. Resultaba de esto, que muchas de las ricas posesiones de campo, quedaban yermas y solitarias, y á la merced de las primeras tropas que querían instalarse en ellas. También en esta época había no sólo ejércitos que reunidos combatían por sus opiniones, sino guerrilleros que reunían más ó menos número de hombres, y hacían la guerra por su cuenta, y cometían todo género de robos



y maldades, desacreditando y entorpeciendo el progreso de la causa que defendían.

En este caso se hallaban los capitanes Pedro Celestino Castaños y Rascón Fernández, con la diferencia de que el primero tenía á sus órdenes doscientos rancheros, antiguos servidores suyos, que defendían leal y valerosamente la causa de la independencia, mientras el segundo, aunque mexicano, había abjurado sus opiniones, y la defensa de su patria, y reuniendo una colección de hombres criminales y prostituidos, recorría los pueblos y haciendas de la Tierra-Adentro, cometiendo en nombre del rey, los más inauditos excesos y crueldades.

Varias veces, como era natural, habían venido á las manos las fuerzas de los dos guerrilleros, y siempre Rascón Fernández había tenido que huir vergonzosamente; así es que meditó vengarse de cualquiera manera, como lo verificó la primera vez, saqueando la hacienda del veterano y asesinando á su mujer; y la segunda, incendiando la única posesión que le había quedado, y robándose á Rosa.

Rascón Fernández había concebido una pasión vivísima por Rosa, que hasta cierto punto santificaba su vida pasada, pues teniéndola en su poder, le había guardado todo género de consideraciones, si bien trayéndola cautiva, y oculta de lugar en

lugar, hasta el día en que la casualidad condujo al veterano al molino encantado, donde Rascón Fernández se había instalado, fraguando las supercherías de duendes y fantasmas, como un recurso seguro para ponerse á cubierto de las pesquisas de sus enemigos.

La noche que el capitán durmió en el molino, hubiera podido muy bien haber sido la última de su vida, pues Rascón Fernández ardía en deseos de vengar las heridas que recibió de mano de éste, y que lo tuvieron mucho tiempo en las orillas del sepulcro; pero la consideración de que Rosa podría darse la muerte también, y el grande amor que la tenía, lo hicieron contenerse; así es, que sano y salvo dejó salir al capitán, limitándose sólo á marcharse con sus bandidos al día siguiente del molino, para establecerse en otra hacienda abandonada, y cuya posesión en la cima de una cañada, la hacía muy ventajosa para la defensa.

## VIII

En una sala de esta hacienda, amueblada decentemente con grandes sillones de damasco, y decorada con los retratos de los antepasados del dueño, que era último vástago de esos plebeyos conquistadores,



á quienes Carlos V hizo nobles vasallos, había instalado su sitio real el intrépido guerrillero Rascón Fernández, cuya fisonomía expresiva y agradable, no anunciaba que sus inclinaciones y corazón fuesen de todo punto depravados.

—¡Hola, Ruiz! decía á un personaje seco y escuálido, vestido con un uniforme azul, con vivos y guarniciones amarillas; es menester que esta noche distribuyas centinelas en la azotea, y mandes una patrulla á que reconozca las avenidas de la calzada, pues he tenido positivas noticias de que una partida de independientes está acampada por estas cercanías.

—En ese caso, contestó Ruiz, sería mucho mejor reunir toda la gente útil, y marchar á atacarla.

—En otra época, repuso Rascón Fernández, no me habrías dicho eso dos veces; pero ahora... ahora es otra cosa, temería perder la vida.

—¡Vive Dios, capitán! ¿Dónde se ha ido ese valor y ese arrojo que habéis mostrado en todas nuestras campañas?

—¿Qué quieres? Ahora, repito, no soy dueño de mi vida ni de mi corazón: ahora tengo otro género de ideas, y francamente, si pudiera adoptar una vida tranquila y pacífica...

El capitán suspiró profundamente.

—Bien lo decía, murmuró entre dientes

el viejo Ruiz, que esa mozuela había de trastornarle á usted los cascos.

—Te he prevenido, Ruiz, que no hables una sílaba que pueda ofender á esa niña en lo más leve; y otra vez será menester dividirte la cabeza con mi machete...

—Yo, nada digo, capitán, sino que si efectivamente esos pícaros insurgentes están cerca, es necesario escarmentarlos.

—Bien, toma cincuenta hombres escogidos, y haz lo que te dé la gana... pero no: será mejor que tengamos vigilancia, pues me temo que será la guerrilla de ese viejo testarudo de Pedro Celestino; por una parte, esa es gente que no se deja jugar las barbas, y por otra, he ofrecido á Rosa no atacar jamás á su padre: con que vete á ejecutar las órdenes que te he dado, y de paso dile á Micaela que entre.

El viejo Ruiz salió gruñendo entre dientes, y á poco entró Micaela, que era una mulata mocetona y robusta, que había sido primero sirvienta, luego concubina del capitán Rascón, y finalmente, una especie de nodriza ó cuidadora de Rosa.

—¿Qué se ofrece?—dijo con aire altanero Micaela, encarándose con el capitán.

—No dejas jamás ese tono soberbio, miserable mulata.

—Otras veces me ha llamado el capitán, su perla, su diosa y...

—Ahora ya sabes, Micaela, que no te



puedo decir estas palabras; pero en cambio, te doy oro y diamantes á montones, y....

—Y balas, y lanzadas y peligros á montones es necesario arrostrar, interrumpió Micaela, y al fin de cuentas una prisión como ésta, ó una barranca en la sierra por asilo.....

—No hablemos más de eso, Micaela, dijo el capitán con calma, pues sabes que llegará tiempo en que te veas libre de mí, y dueña de una fortuna considerable.

—Es verdad, es verdad, repuso Micaela sonriendo con esta idea, y estoy dispuesta a escuchar á mi dueño.

—Dime, Micaela, preguntó con voz entrecortada el capitán, ¿qué hace Rosa?

—Rosa llora siempre, y se desespera.

—¿Y no está agradecida porque perdoné á su padre la vida, la noche que pudo haber sido asesinado en el molino?

—Esto, señor capitán, ha disminuido un poco el odio que había concebido por usted; pero no lo ama.

—Bien convencido estoy de ello, y soy un necio en alimentar esperanzas; pero al menos, Micaela, quisiera una sola mirada expresiva de Rosa. Esto me haría el más feliz de los hombres.

Micaela se mordió los labios.

—Bien sé que esto te atormenta, Micaela; pero ya te he dicho que cuando consigas que Rosa sea más compasiva conmigo,

te pondré en el paraje que quieras, y te colmaré de riquezas, con las cuales podrás pasar feliz, y quizá amada el resto de tu vida.

—¡Ah, capitán! ¿Pensáis que una mujer celosa puede contentarse con el oro? Volved esa muchacha á su padre, y amadme como antes: con esto haréis dos buenas acciones, que quizá os liberrarán de muchos males.

—Te he dicho que mi resolución es invariable. No temo ni á la cólera del capitán Celestino, ni á tus celos, ni á nadie. Rosa ha de ser mía, á pesar de cuantos obstáculos puedan oponerse.

—¿Y si ella se manifiesta inflexible y obstinada?

—Entonces.... entonces.... no será de otro, ni la verá su padre más: la mataré.

Los ojos de Micaela brillaron con una alegría indefinible.

—Cuidado, Micaela, con manifestar tan abiertamente tus sentimientos. ¿Piensas que si yo atentara contra la vida de Rosa, te dejaría yo en el mundo para que te rieras de mi desgracia y de mi locura? ¡Ah! tú morirías primero, Micaela.

—Ese sería un bien para mí, capitán contestó tristemente la mulata.

—Dí á Rosa, continuó el capitán, que deseo hablarle, que se lo ruego....



La mulata salió, y volvió acompañada de Rosa.

—Buenas noches, Rosa, dijo el capitán con voz dulce y expresiva.

Rosa inclinó ligeramente la cabeza.

—Déjanos solos, Micaela, prosiguió el capitán; y luego volviéndose á Rosa le dijo con la misma voz expresiva:

—Toma asiento Rosa, y dime algo que calme mi inquietud.

—No tengo que deciros, contestó Rosa, sino lo mismo que os he dicho siempre, que no puedo amar al hombre que después de haber asesinado á mi madre y á mis criados, incendió la casa de mi padre, y muerta, agonizante, me sacó de entre las llamas, y me ha traído cautiva por los montes y por las selvas.

—Eres muy cruel, Rosa.

—Restituidme á poder de mi padre: juradme que no os vengaréis de él, y entonces. . . .

—¿Me amarás? Interrumpió el capitán arrojándose á los pies de Rosa.

—Entonces os perdonaré, contestó ésta secamente.

—¡Ah! Rosa, Rosa, teme mi furor; el infierno me inspira ideas terribles.

—Vamos, capitán, dijo Rosa con sonrisa sardónica, poned en planta vuestra venganza: haréis á mí y á esa pobre mujer á quien habéis abandonado, un beneficio

grande. Me fastidia y me abruma la vida, desde que he perdido la esperanza de volver á ver á mi padre, á mi pobre padre, á quien tal vez habréis también asesinado.

—¡Rosa, Rosa, te juro que aun vive tu padre, y que respetaré su vida!

—Gracias, capitán: esa seguridad que me dais, y que yo trato de creer, disminuye la aversión que os tengo.

—Bien, Rosa, muy bien; te agradezco lo que haces por mí, y mi conducta tal vez hará que me ames, y que seas mía. ¿Deseas descansar, Rosa?

—Lo necesito, capitán.

—¿Me prometes que me amarás?

—No puedo prometer lo que no sé si sucederá.

—¿Serás mía?

—¡Nunca!

Rosa se retiró á la alcoba que le habían destinado en el castillejo, y el capitán quedó sumergido en una profunda cavilación, de la cual lo sacó Ruiz, que venía á avisar que estaban ejecutadas sus órdenes.

Entretanto pasaba el diálogo que acabamos de referir, Micaela perfectamente enterada de que la reunión de insurgentes que estaba en la cercanía era nada menos que



la guerrilla del capitán Pedro Celestino Castaños, se dirigió por una puerta excusada, y con el mayor silencio y precaución se deslizó por una barranca, y llegó en breve á donde estaba acampada la guerrilla de Pedro Celestino. Uno de los centinelas avanzados le tendió el fusil, amagándola con darle la muerte; mas Micaela sin acobardarse, le dijo con voz firme y enérgica, que la llevase ante el capitán.

Cuando se halló frente de Celestino, le tomó una mano, se apartó con él hacia donde crecían entre las rocas unos espesos matorrales, y con voz firme le dijo:

—Capitán, ¿quieres vengarte?

—¿De quién?

—Del asesino de tu mujer, y del raptor de tu hija.

—Daría toda mi sangre.... qué digo, mi felicidad en la otra vida sacrificaría, por verme frente á frente de Rascón.

—Pues yo puedo proporcionarte ese placer.

—¿Y mi hija, mi Rosa? Interrumpió el capitán con agitación.

—¿Tu hija?....

—¡Si estará ya deshonrada!

—No: aun está pura como salió del vientre de su madre.

—Gracias, mujer, gracias, dijo el capitán, tomando las manos de la mulata y llevándolas á sus labios con emoción.

—Ningún favor te hago.

—¡Cómo! ¿Quién eres tú entonces? ¿Quieres traicionarme?

—No, soy una mujer celosa: el capitán ama á tu hija Rosa, y me humilla, me ultraja, á mí que otras veces he dominado esa fiera, y he apagado su furor y su orgullo con una mirada.

—¿Hablas con tu corazón, mujer, ó engañarás las esperanzas de un padre?

—Quiero como tú vengarme, y todo está dicho.

—Muy bien, haré lo que tú quieras.

—Toma estos vestidos de mujer y ven, que yo te colocaré frente á frente de Rascón Fernández. ¿Tendrás miedo?

El capitán por toda respuesta, se puso los vestidos, y ocultó bajo el rebozo sus luengos bigotes.

—Perfectamente: ahora llamad á vuestro teniente y dadle estas escalas. Detrás del edificio de la hacienda hay una claraboya, y esta claraboya dá precisamente á la pieza donde veréis á Rascón Fernández y á Rosa. Que vuestros soldados se deslicen con el silencio de una pantera, por estas rocas y matorrales, fijen la escala, y.... lo demás queda de su cuenta.

—¿Y los centinelas?

—Los centinelas han bebido esta noche más aguardiente del necesario, y puede ser que ya estén dormidos.



Con estas seguridades, el capitán dió sus competentes órdenes á su tropa, y se dirigió en seguida al castillejo acompañado de Micaela. Encontraron con efecto algunos centinelas casi ébrios, que les detenían el paso; mas luego que reconocían á Micaela, la dejaban pasar.

Entraron, pues, al patio, y se internaron en un callejón obscuro que conducía á la escalera.

Al subir el primer escalón, se sintió asido por dos brazos nervudos que le oprinían el pecho, como si fueran tenazas de hierro.

—Traicion, exclamó el capitán, procurando desasirse; pero antes de que pudiera gritar más, ó usar de algún movimiento, sintió que lo liaban fuertemente con cuerdas, y casi al mismo tiempo escuchó un gemido agonizante.

—Jesús, Jesús mío, perdóname.

—Luces, gritó Ruiz.

Un soldado trajo una hacha encendida y el capitán Celestino vió á Micaela revolcándose en el suelo cubierta de sangre, y á un viejo alto y descolorido con un puñal en la mano.

—¡Cobarde! dijo el capitán Celestino, lanzando una mirada terrible á Ruiz.

—Era una mulata traidora á quien me fué preciso quitar de enmedio. Esta noche la seguí y temiendo algo me propuse esperarla. Como salió sola y volvió acompa-

ñada, fué preciso castigarla á ella y amarrar á su buena compañera de bigotes.

—¡Malvado!

—¡Tira en el foso ese cadáver, Matías, continuó Ruiz: en cuanto á vos, señor, nuestro capitán Rascón se encargará....

Subieron, pues, la escalera, y entraron en la recámara de Rascón, el cual aun estaba sumergido en sus meditaciones. El ruido que hicieron al entrar lo sacó de su éxtasis y con voz bronca dijo:

—¿Quién va?

—El capitán Pedro Ce'estino, á quien la desgracia ó una traición infame ha conducido á tu presencia.

—¡Pedro Celestino! exclamó Rascón sobresaltado, poniéndose en pie súbitamente como si hubiese sido impulsado por un resorte.

—El mismo que te ha batido mil veces en el campo de batalla; el mismo que luchó cuerpo á cuerpo más de una hora y te dejó tendido en el campo cocido á puñaladas; el mismo cuya esposa asesinaste y cuya hija robaste cobardemente. Mi vida eterna daría porque un cuarto de hora soltaran estos cordeles que me oprimen y me pusieran con mi espada frente de ti y de tus infames secuaces.

—Silencio, viejo, gritó Rascón encarándose con el capitán y amagando darle una puñada en el rostro.



—Eres muy despreciable y muy vil, Rascón, y no hago caso de tus amenazas.

Al decir esto arrojó á la cara del capitán una saliba, éste sacó su puñal y alzó el brazo para herirlo; pero se contuvo, y bajando lentamente la mano dijo con calma:

—Capitán Celestino, por última vez en nuestra vida voy á proponerte un convenio que nos ponga á ambos en paz. Aguarda.

Rascón abrió una puerta, se introdujo por ella y á poco salió acompañado de Rosa, pálida, con unos ojos llenos de lágrimas y su cabello blanco flotante por la espalda como la Magdalena de Carlo Dolci.

—¿Me das á tu hija por mujer, Pedro? dijo Rascón.

—Jamás, contestó el veterano.

—Rosa, continuó Rascón, tomando una pistola y apuntando al capitán, ó me prometes ser mía eternamente ó...

—¡Padre mío! exclamó Rosa cayendo de rodillas.

—No, Rosa, no accedas, dijo el capitán con voz firme: ese hombre es el asesino de tu madre...

—Silencio, capitán, gritó Rascón y luego dirigiéndose á Rosa á quien tenía asida de un brazo, le dijo:

—Diez minutos tienes para resolverte: ó juras ser mi esposa y entonces seré el amigo de tu padre; ó si no, verás caer á tus piés su cabeza.

—¡Dios mío, Dios mío, amparadme!... ¡Rascón seré... perdonad á mi padre, retirad esa arma con que amagáis su vida... tened piedad...

—¿La has tenido tú de mí, Rosa?

—Esperad: yo me resolveré, haré un sacrificio...

—Jamás, Rosa, jamás, dijo el veterano enérgicamente; recuerda que es el asesino de tu madre y que si le prometes lo más leve, te arrojaré mi maldición.

—Rosa, ¿qué dices? preguntó Rascón.

—Que jamás seré vuestra, contestó la muchacha enjugando las lágrimas con sus propios cabellos; que quiero obedecer á mi padre.

—Gracias, hija mía: eres digna hija del guerrillero de la independencia mexicana. Disparad, Rascón, y acabemos de una vez.

Rosa repentinamente arrebató el puñal que pendía de la cintura de Rascón, y retirándose algunos pasos dijo sonriendo:

—Disparad ahora, capitán, no os temo, pues me iré á juntar á la tumba con mi padre y con mi pobre madre á quien habéis matado cobardemente.

—Piedad, compasión, Rosa mía, exclamó Rascón desviando la pistola de la frente del veterano.

—Poned en libertad al momento á mi padre, ó me daré la muerte.

—Rosa, haré lo que quieras; pero seré-